

Los placeres y las ruinas

Afhit Hernández

Colección La primera piedra

tabique

Los placeres y las ruinas

Los placeres y las ruinas

Afhit Hernández

Colección La primera piedra

Ilustración de portada: Ricardo Alonso
Diseño: Cristóbal Sánchez
Edición: Carlos F. Gallardo
Formación: J. Gerardo Ochoa F.

© Tabique. Revista para la obra,
la zozobra y los colados, 2004
Hecho e impreso en Cuernavaca,
Morelos, México

Poesía.
¿Qué adjetivo debo inventar
para volverte mía
y perfecta?
¿Qué figura hay que moldear
para tenerte presa?

Aléjate de mí, antes de que desfigure tu rostro
y me sangren las manos,
y me llene de impotencia sexual
y duela
y duela todo
y se acabe el blanco presente del papel.

Lárgate tranquilamente.

Pero espera.
Sálvame primero,
exorcísame con tu pluma
y con el silbido milenario de tus movimientos.
Quédate y explícame el mundo y su porqué;
dilata mi realidad y mis dudas,

abre la vértebra y explica la anatomía
del amor y la muerte.
Y después
vuela,
vuela a donde
te lleve
el leve
suspiro
del tiempo...

De la pobreza de tu herencia triste,
sólo he querido, oh madre...
Salvador Rueda

De toda la pobreza de tu humilde historia
quisiera conservar como recuerdo eterno
toda tu larga conciencia.

Conciencia de la tierra y de tu tiempo
y del otro tiempo, de aquel tiempo del que eres hija
y de la otra gente que también es tu gente.

Hija del tiempo y de la tierra, yo venero a tu madre
como a la mía propia
y a la madre de tu madre y a todo el matriarcado eterno
que es la cuna de tu origen.

Tu calmada inteligencia forjó la mía.
Tus laceradas plantas marcaron el camino a mis pies.
Tu palabra justa era justa para mí que la escuchaba.

Un día cambió todo.
Volvióse rojo el aire y roja tu mirada.

Tu tierra dejó de ser mi tierra
y tus héroes dejaron ya de ser mis héroes.
Las alas que pariste practican un vuelo testarudo.

Pero siempre el cielo será el mismo —para los pájaros o
para los peces—
y así los inconmensurables mares y las infinitas arenas
de todas las playas
y así las encanecidas cabezas de todas las razas que ya
pronto serán una.

La tuya misma.

El cielo, el mar y tu cabeza ya para siempre son lo mismo.
Ya para siempre eres mi madre.
Ya para siempre —vida o muerte—
ya para siempre, madre mía.

Parece mentira
no haber encontrado nunca la verdad;
no haber sabido hallar la nota,
hay un piano, una nota flotando en el aire,
y en el cigarro flota...
Nunca más, ni un sollozo....
Hay, también, una luz sobre el río,
y no sé cómo, pero parece mentira
que en la fotografía todos nos vemos felices.

Mata sin querer el ángel que te cuida en la ventana.
Guarda una moneda azul en tu mejor zapato.
Llora en la noche un llanto ditirambo.
Canta una canción que guarde un secreto.
Abre la caja de Pandora.
Maldice tu suerte.
Cruza la línea.
Rézale al diablo.
Ruégale a Dios.
Elucubra.
Inventa.
Sueña.
Ama.
Ríe.
Sé.

Sagrado corazón que estás en los cielos,
Resguardado sea tu nombre;
Sacrificado sea tu cuerpo.
Hazme padecer el hambre de tus muslos;
Sécame por dentro los pulmones;
Haz volar mis ojos mutilados;
Comparte conmigo el pan que hay en tu pecho
Que yo lo compartiré con los malditos,
Con los deformes, con los que no tienen rostro
Y con los eternos asesinos.
Ofréceme de ese fruto que produces
Dame de beber de la ambrosía de tu sexo.
Líbrame, quémame, amamántame
Y después libérame de todos mis pecados.
Amén.

Virginia

La tierra que pisamos será ceniza agostada.
Greda será lo que hallemos y guijarros ardientes
quemarán nuestros pies. La verdad nos anula.
La vida es un sueño. Lo que nos mata es despertar.
Orlando. Virginia Wolf

El paladar henchido en la dulzura de la nota;
la historia resguardada de la disección;
y tu nombre, tu verdadero nombre,
todo será en esta noche nueva biografiado.

El cuerpo de la mujer que debió ser hombre,
que debió ser pájaro, que debió ser río,
retumba hoy entre las piedras.

Es que es el sueño. El sueño romántico que nos mantiene
despiertos y perdidos,
embriagados y cantando la eterna perorata de la poesía,
el eterno balbuceo literario;
el sueño que desgarra nuestro pechos,
libros abiertos que contienen páginas marcadas con
cabellos de difuntas;
es el sueño el que recupera tu nombre

y lo salva del consuelo de perderse
o de morirse entre las dulces mieles de la gloria,
porque sólo entre nuestros ojos naces viva
y deseas nuestra carne.
Porque sólo entre nuestros ojos te liberas
de la mujer atrapada en su perfil insulso.
Despertada del sueño
a la realidad,
a la realidad que hoy constriñe
y nos mata.

En la luz del día, un sólo ángel supo disipar todos mis miedos.
Me ofreció sus dedos y me regaló una pluma con qué cantar.
En la luna noche, faltó mi sólo ángel.
Nunca supe cruzar la raya de sus ojos; el rayo de su pensamiento.
Amé así, con un amor que no da muestras; con un amor que con sombras crea su imperio.
Y lloré las mil y una noches, pero el ángel jamás tocó a mi puerta.

Una noche, se presentó el deseo y mis piernas se tensaron
el corazón se aceleró. Tuve dos centros de mí mismo esa noche.
El primero pulsaba vivo y embriagado, embestía, dolía, y al final cansado y sediento volvía a su efímera tranquilidad.
El segundo, latía desbocado, pero triste porque dentro de su cárcel de costillas sabía que el ángel y sus senos nunca llegaría a tocar su puerta.

Viví mis guerras y mis derrotas. El mundo acertó en matar a Venus de un flechazo.
Viví mi esplendor clásico, mi edad media y mi renacimiento.
Casi muero en el intento de la construcción del hombre moderno, contemporáneo.
Casi muero por el ángel que seguía sin caer.

Hoy, que el ángel se va a no sé que lejano paraíso
la sombra del amor que pisa mis talones es lo único que queda,
y una herida grande, grande, mil noches con sus días de llanto y sal.
Un corazón con ángeles espumas y ángeles cabellos que no me ofrecieron nunca sus coronas ni espaldas relucientes, aladas.
(No quiero cederte, no en esta noche dolorosa.
Espera, hasta mañana y quizá despierte lejos del deseo que estruja mis dos centros;
espera, y quizá ya no mores en mi cárcel de costillas;
y quizá ya no tenga yo
ya más nada que contarte.)

Cernuda

Voy a morir de deseo.
Luis Cernuda

Comprendí un día que los viejos hermosos,
Luis, no deben morir.
Deben trepar los miembros con sus pies heridos.

Siempre figurará la danza macabra,
danza maldita, danza de la muerte,
entre los hombres que aman a los hombres.

Yo niego la belleza de tal credo,
estatua derrumbada,
luz lejana de la tierra que ha caído.

No creo en la sombra de la espada
que pende sobre tu cabeza en el vacío.

La muerte acecha en silencio.
Whitman canta.
Siguen muriendo los hombres, por el sueño,
transgredidos.

Reencarnarás en mis manos, Luis, alguna noche
de raíces que el sol no ha visto.
Nacerás de pura ira, de puro deseo que no ha sido.

Yo ofreceré, padre mío, mi carne de adolescente.
Abriré en dos mi pecho enrarecido.

Voy a morir de un deseo, de un deseo compartido.

Véngate conmigo de la larga muerte
que ha tumbado tus hombros en el largo destino.
Carne de todas las carnes
parten las piedras del río.

Quiero cantar con tu boca que se seca en el estío,
mármol que rebosa semen.
Luna que muere de frío.

Donde...

Donde la flama no arda;
donde la herida no sangre,
labios abiertos que dejan escapar una queja,
labios henchidos de deseo;
allá donde el misterio deforma un cuerpo,
donde las horas coronen con flores al niño,
al poeta niño,
allá, donde como viento me expanda,
allá,
allá llorará tu boca abierta entre manzanas
y nada tangible quedará bajo tu sombra,
todo el imperio caerá bajo su peso.
Una pluma de ángel,
un suspiro de lumbre,
toda la belleza destructora mis huesos molerá
y el grito volverá a las fauces del silencio.

Ofrézcote, magnífica naturaleza

A quien deseo ultrajar es a la Naturaleza.
Quisiera violar sus planes, transtornar su curso...
Marqués de Sade

Ofrézcote, magnífica naturaleza,
a cambio del secreto guardado entre tu seno
hacer mil poemas en tu nombre.
Mil huesos de poemas en tu nombre.
A cambio de ese secreto que suena a música de seres
—ángeles o demonios—,
que vendrán a destruir un día,
el poderoso y putrefacto reino humano.

Ofrézcote magnífica naturaleza,
un himno dedicado a Ícaro,
suave ejemplo del sino de los alados hombres;
una vida postergada al recuerdo y al olvido,
simple por las cuerdas que la atan;
un hombre que muerde una manzana, hombre pequeño,
dulce por las mieles que ha bebido,
triste por las tristezas que ha cargado,
joven por la nueva primavera que falsea.
Todo a cambio del secreto de tu nombre,

del secreto de tu primigenio nombre.
Nombre prístino que guarda todas las sabidurías
inmoladas.
Nombre primario que guarda todos los futuros no
nombrados
y que a su falta los mismos hombres han inventado,
y los mismos hombres se han creído,
como se cree en el vino que aguarda en la copa a ser
tomado;
como se cree en la aurora que siempre florece;
como se cree en el aire que regresa de nuestros pechos.

Ofrézcote magnífica naturaleza,
inocencia, pensamiento, belleza, carne, sexo y
decadencia
del más joven de tus hijos,
a cambio de la promesa —falsa al fin y al cabo—
de que habrá un tiempo venidero
en que el amor mojará mis labios
y no será en forma de lágrima esta vez,
y creeré en él como se cree en el vino, en la aurora, y
en el aire.

El libro de Lot

A Juan Antonio Pascual G.

Yo, que plagio la verdad que gotea del tiempo y de la
tierra,
y de los cantos que cantan los poetas olvidados;
yo, que estoy confundido y vacío, y sediento y roto
como cántaro hecho de desierto,
sé que Dios no ha olvidado a Lot.

Los que, igual que yo, no saben si lo saben;
los que, igual que yo, recogen el polvo del génesis
guardado por mil eras insondables,
saben que Lot no sabe que lo sabe.

Los que, igual que yo, tienen las manos secas de pecado
como frutos sin pulpa ni semilla,
como flores sin esperanzas
y pena y gloria y vida y sueño le deben a Dios que ya
los ha olvidado,
quieren oír hablar a Lot.

Sodoma, pueblo hecho de sudores y placer, donde

del secreto de tu primigenio nombre.
Nombre prístino que guarda todas las sabidurías
inmoladas.
Nombre primario que guarda todos los futuros no
nombrados
y que a su falta los mismos hombres han inventado,
y los mismos hombres se han creído,
como se cree en el vino que aguarda en la copa a ser
tomado;
como se cree en la aurora que siempre florece;
como se cree en el aire que regresa de nuestros pechos.

Ofrézcote magnífica naturaleza,
inocencia, pensamiento, belleza, carne, sexo y
decadencia
del más joven de tus hijos,
a cambio de la promesa —falsa al fin y al cabo—
de que habrá un tiempo venidero
en que el amor mojará mis labios
y no será en forma de lágrima esta vez,
y creeré en él como se cree en el vino, en la aurora, y
en el aire.

El libro de Lot

A Juan Antonio Pascual G.

Yo, que plagio la verdad que gotea del tiempo y de la
tierra,
y de los cantos que cantan los poetas olvidados;
yo, que estoy confundido y vacío, y sediento y roto
como cántaro hecho de desierto,
sé que Dios no ha olvidado a Lot.

Los que, igual que yo, no saben si lo saben;
los que, igual que yo, recogen el polvo del génesis
guardado por mil eras insondables,
saben que Lot no sabe que lo sabe.

Los que, igual que yo, tienen las manos secas de pecado
como frutos sin pulpa ni semilla,
como flores sin esperanzas
y pena y gloria y vida y sueño le deben a Dios que ya
los ha olvidado,
quieren oír hablar a Lot.

Sodoma, pueblo hecho de sudores y placer, donde

radicas y trabajas, pequeño
Lot y pequeña su familia, no puede arder sin ti que la miras desde lejos.

No te preocupes Lot.
Dios enviará al ángel de Ángeles que reluce de ira y saña
y de poder reluce.
Sodoma hiere su culto y su cielo y tendrá que arder.
(Consúmanse en ardores
aquellos pobres pecadores).

Reducidos en sus llamas
temor a Él (a Él que nos olvida) y gloria en las alturas y hojas y vid de sus viñedos
y carne y sangre de sus manos
y aunque no lavo tus pies eres polvo y no carne que comen sus gusanos.

Los que, igual que yo, abren la boca
y escupen su mala rima, como el demonio piadoso que te ofrece su veneno, porque Dios lo despojó de todo lo demás, deseamos, sobre todo su poder,
que Lot voltee y mire con ojos propios
la gloria toda y toda saña de Su obra
y pruebe la dulce carne de su esposa hecha sal y que por su naturaleza de mujer, sabe que lo sabe y sabe, voltear a la ciudad en llamas
y por ser mujer
tiene poder de mirar hacia el pecado
a la cara y a la boca y a la axila de ángel que guarda en su entrepierna

y sabe aprender de él
y ser producto todo del goce
y sexo, y Sodoma, y sal, y amor,
Amor.

Los que, igual que yo, no saben que ya están muertos en el olvido de Dios
y aprenden a tocar,
a Loar,
como Lot les enseñó, deseamos que Lot pruebe luego vino nuevo de la copa frágil de sus hijas y de sus hijas pruebe luego la noche, los salmos
y la muerte de olvido, la sal y amor,
Amor
nuevo de sus propia simiente y saliva, y sal que engendra sal
y que el arte del fuego del castigo divino formó.

Yo no sé si sea salvo.
Yo no sé si sea el salmo la palabra que libra dolor;
yo no sé si el olvido de Dios es la muerte,
sólo sé que morimos de Amor.

Yo sé de cielos...
Arthur Rimbaud

Yo sé de miedos elevados que han caído en nuestras
almas;
he visto llorar al poeta de los hombres. He visto caer al
ángel maldito.
Yo sé de cielos cerrados como cuerpos, que su naturaleza
de infinitos niegan.
Y he cantado liras a las proezas de los héroes.
Pero siempre faltará la vía del delirio, la nave de los locos,
para abrir un punto en el misterio.
Yo sé de preguntas sin respuestas y puedo retar a
cualquiera la caricia de este espacio.
Besar el cadáver exquisito. Ser visionario, vencedor.
Pero sé que ningún ser resiste enfrentarse al ángel que
duerme en este foso.
En el foso de la noche, alma abierta entre peñascos.
Yo sé de espacios infinitos; de perderse en el abismo de
la forma,
pero sé de la imposibilidad de nombrar —entero— lo
que yace en la misma noche inhumada,
guarida eterna de donde debe nacer todo silencio.
De donde debe nacer todo silencio.

Callen a la noche de los nombres,
inaudibles de privarse o de morirse
de los eternos aleteos nocturnos; de las bocas que no
cesan
y que hacen mella en mi persona,
en mi alma y mi persona,
por no juntarse nunca en un único coro
sordo como el centro de la tierra,
de esta tierra
a la que vuelve entre sollozos cada uno de los cuerpos;
que destrozan las paredes que ayer fueron
límites sin sombras,
sombras sin coronas
de los primeros reinos de los tiempos.

Callen a los primitivos tiempos
que yacen entre los árboles eternos.
Que los callen, que sus bocas me destrozan.
Palmo a palmo.

¡Riegue la sangre
mía, toda sombra, toda luz!

¡Llene toda copa
tuya, la nocturna luna líquida,
reflejo entre la sola sombra larga!
Pena y pan de guerra; pan de lid
que año tras año, siglo a siglo, tiempo a tiempo
acumula brisas de los sueños calcinados.
Cenizas de la verdad inconsumible
que se levanta como fénix
al alborada.
Cenizas de la única verdad que nos destroza.
Cuerpo a cuerpo, silencioso sendero que recorre cada
vida
que regrese al nacimiento de los tiempos
donde los ojos de tu nombre no queden
a la deriva.

A la deriva de este mar abismo
donde sólo el amor es dique
para llenar por los siglos nuestros pechos.

Mientras, tú, aférrate sin manos
a la sombra de la sangre de la sombra
ante la cual la vida se hace larga
y sólo el amor es dique
para este mar abismo que llene para siempre nuestros
pechos.

Veremos nuestras ambiciones consumadas.
Llenaremos nuestras arcas de mujeres y tesoros;
corromperemos nuestros cuerpos de dulces horrores
y nuestros lechos cantarán hermosas melodías.
Mas nunca en la mano mantendremos
al amor
como se mantiene a una pequeña ave palpitante.

Solo,
Sediento
Voy caminando,
Andando lento,
Por un sueño señalado:
Campo de amapolas,
Ríos de miseria,
Rojo y sangre,
Sangre y jamases consumados.
Arrastro,
Como puedo,
Un cadáver joven,
Descompuesto, putrefacto.
Una horda de gusanos.
Arrastro,
Como debo,
Un lenguaje mal nacido,
Le doy su tiempo,
Va a mi paso,
Lo arrastro,
Lo llevo conmigo
Hacia la ruina,

Las ruinas del silencio
De donde nació.
Le cuento
Los días al camino
Que camina
A mi lado.
Arrastro
Junto al lenguaje,
Un río,
El río del tiempo,
Heraclitiano río
Que más bien es sombra
Sombra de río
Sin fuente pero con final
Que es el mar
Que es el morir,
El mal morir en este mar
Que no fluye;
Que rompe en la ribera
Porque tu lengua sólo sabe decir no.
La lengua
De una virgen mariposa,
Rosa el viento.
¡Atento!
Pues sí sabe cantar.
Arrastro
Una herida enardecida,
En el pecho
Que es espejo de la sombra
Que yo fui
Y confío
Al poema

El dolor
Que brota, rota vena,
Desde el alma,
Desde el cielo,
O el infierno
De los lugares comunes
Marchitos por el uso
Que puso arena
Que envenena
El lenguaje.
Deseo
Con el honor
Que aún me queda
Que mueras
Y así volará un ave
Donde cave
En una nube,
Una tumba
Para este amor
que es dolor.
¡Repetid! Lugares comunes.
Hoy es lunes.
Hoy no hay sol.

Paraíso perdido

Existió, una vez, un luminoso paraíso,
donde todas las mujeres se bañaban en el río, desnudas;
donde todos los hombres cortaban la fruta que colgaba de los árboles;
y luego todos juntos retozaban la tierra florida,
mientras ellas secaban primorosamente sus largos cabellos al sol.

Mi cuerpo era tierra donde crecían árboles
y de mis manos brotaban todos los manantiales.
Cuando esos habitantes cantaban, era mi voz la que nacía.
Hoy, me encuentro entre la neblina donde nada pasa,
donde nada se oye.
¿Qué fue del pasado paraíso?
La rosa ya no abre para mí su pequeño sexo ni me cantan las mujeres.

Este amor desmesurado,
este maldito amor desmesurado,
corrompió todas mis noches
y lloré ante el cadáver de Aquiles, derrotado.

¿Qué será de mí cuando llegue la vejez y no sea bello?

¿Cuando se acabe la neutralidad de esta neblina?
Todo se cierra en el futuro, frío, fabuloso coro de serpientes,
Gerifante,
azor sin cuerpo ni materia,
donde ya nadie irá a bañarse desnudo en el río,
ni habrá vinos que beber en nuestras copas.

Ese día, el día de la expulsión, un ángel
soportó la espada en la mano equivocada.
él, el más bello de todos, esperaba en su abismo.
Él, nos miró y nos amó. Y no fue la lástima la que llenaba su corazón
sino la tristeza más infértil.
Este amor desmesurado, este maldito amor desmesurado, llenaba sus venas,
y odiaba el cuerpo fértil del paraíso
y me odiaba a mí
y me odió por sobre todo,
y me amó por sobre el odio mismo.

Todo lo bello es bueno si lleva intrínseco la muerte.

Ese día, el día de la expulsión, todos los templos fueron derrumbados
y todos los hombres de la tierra lloraron.
Frente a ellos, una infancia otrora perfecta y deliciosa,
hoy corrompida, violada, mutilada.
Muerta, como tiene que morir todo lo bello,
porque es en la muerte, donde el paraíso y el amor desmesurado
se consuman para siempre.

Ya volverá el instante

Presa del dolor que nos ahoga
la raza humana se retuerce entre su culpa.
Todos los hombres se hacen uno y el amor de todos ellos no será ya suficiente.

No quiero volver a nacer ya nunca ni en esta tierra ni en ninguna,
no quiero ser yo ni ningún otro.
Todas las filosofías me traicionan y soy su hijo.
Todos los dioses me abandonan y son mis padres.
No quiero ser existencialista, no quiero cantar el Zaratustra.
No quiero morir sin tener un epitafio.
No quiero morir de perro.

Ya volveré a mi principio de pureza y mi pureza será la de todos los hombres.
Volveré a mi primigenia forma y amaré a mi tierno hermano humano resentido.
Y remoto será el aire que nos otorgará la muerte.
Y remoto será el tiempo de nuestro doloroso nacimiento.

Ya volverá el instante como océanos a besarnos en los labios,
a lamernos como olas a las rocas.

Y la historia —guerras y victorias— no cabrá en una copa.
Y mi vida —que ya para siempre es la tuya— caerá por siempre en el abismo.

Que así sea. Yo espero que así sea.
Presa del dolor que me ahoga
me retuerzo entre mi culpa.

Ruina del reino

A la memoria de mi abuela

Si el oprobio, la ignominia y la locura
no dejan pie hacia el perdón, la bondad y la caricia;
la libertad de un credo, la reverberancia de un amor, la permanencia de la memoria
y con ella todo lo existente,
no podrán nunca conjuntarse
aunque mueras mil veces.
Las arpías defenderán su nido.
No callarán sus bocas;
alimentarán a sus hermosos hijos.
El odio será su herencia.
De todas éstas, la que ama el nido donde me crié, buscará el recuerdo.
Destrozará el estruendo de la razón; se embriagará de luces.
Y quizá llore.
El Ulises de pacotilla, el Ulises de paja, perdió el camino a Ítaca;
olvidó a Penélope que teje y desteje el hilo de la cordura.
No navegará la ternura de los mares de donde ha partido.

Hoy Telémaco le canta con su pluma.
Quizá llore.

El reino perdió a su matrona y una sombra se desvanece.
Un querubín maldito cantó en la madrugada.
Las arpías entristecerán el aire; mudarán de plumas.
Se marchitarán las flores.
Una conciencia ruega, desde la puerta, un perdón que
no merece.
La lágrima hipócrita y el tesón oscurecido insultan la
mañana
y hacen palidecer al campanario.
La respiración se acorta. Se calla.
Quedará del reino: la ruina.
De tu cuerpo: el recuerdo.
Del sepulcro: el silencio.

No cantes

...Con su polizón de nardos
Federico García Lorca

No cantes, Lorca, la vida.
No cantes la vida, no.
No cantes, Lorca, la vida
Que la muerte se encela de amor.

Gitanos, revienten sus brazos.
Luna, rompe tu himen.
¡Que se pinte de sangre el sol!

No habrá ya nunca guitarra
Ni pandero ni tambor
Que repita en ecos o en sombras
Lo que el viento de España cantó.

De luto se viste el tiempo;
De luto me visto yo.

El poeta yace muerto;
Han enmudecido su voz.

Mil cobardes viles sin sueños,
Sin alma para el amor,
Tiran por siempre la cuerda;
(Un sexo se vuelve de hembra)
Y cuidan por siempre una cruz.
Ya el viento en la rama silbó.
Ya la sangre manchada de tiempo cayó.

¡Calla, Lorca, no cantes!
Lo que nos duele a los dos.

Las mujeres ofrecen sus pechos
A la muerte y a su hoz.

No cantes, Lorca, la vida;
No cantes la vida, no.

Sin fin de la muerte

A José Gorostiza

Que se sepa sólo hay un encanto fecundo
que sea capaz de devolverte de la muerte.
(Por el rigor del vaso que la aclara el agua toma forma)

Estamos equivocados,
como errada está la flecha que disparó el destino,
seguimos siendo muertos andando hacia la muerte.
Y sin embargo todos llegaremos a la edad de abrazar el aire
y de llorar un instante, solos.
Es inevitable.

(Agua que es inteligencia,
inteligencia que es sólo en vida
y en *sonoras estrellas precipita*
su desbandada pólvora de plumas)

La muerte. Qué sabemos nosotros de la muerte.
Has vuelto de ella, circundado de violas y de lluvias,
y has encontrado a mujeres con las piernas más abiertas,

más sanas —tras meses de ascéticos ayunos—
y te has casado, nomás porque sí, con la que juzgaste
más fuerte.

(La muerte no se entiende en la vida.
La muerte se entiende en la muerte que:
Trae una sed de siglos en los belfos.)

Y sin embargo todos —dioses o demonios, céfiros o
diablos—
llegaremos a la edad de deshacer un hilillo de humo con
los dedos.

(En la muerte no hay inteligencia, espero morir para
entenderla)

Eterna soledad en llamas,
cielo, infierno, abismo, sol,
ángel de peso delicado;
tú que eres cadáver, explícame,
habla...
grita...
...escucho.

El mar, el mar solo.
Veréis, ahí, lejos, en el mar
la maldita conmoción de los cuerpos
en el letargo pleno del amor.
El mar, la agonía.
Y gemiréis llenos de ira, absortos, envilecidos,
porque en vuestros cuerpos jamás el mar entró
porque en vuestras almas el amor nunca llegó
fuera de la forma o del nombre.
El mar, el mar solo,
los murmullos guarda
mientras vosotros lloráis la infinita imposibilidad del ser.

Convoco al ángel de la destrucción,
ángel enfurecido,
que me relate en su lengua, le pido,
la unificación de la alta materia;
la creación que de la locura nace:
el principio de todo desenlace
"partícula de polvo",
un rayo perdido hecho de razón.
Inútil viso de la salvación.

La conmoción de la ofrenda de un mundo
ha llegado por un príncipe mórbido
que anda un destino sin rumbo
que llorará sobre las ruinas pares
de sus realidades.

La cólera se eleva sobre mí
e inunda el corazón de las cosas
y vuelan por el viento mariposas
que ya caerán muertas.

Existe una explosión en cada núcleo;

en cada corazón
hay un mismo sueño de niño expósito,
de miedo a la castración.

Va el alma desatada,
cae en el abismo que no soy yo.

Las cosas se exentan de su existencia
y se miran sus sombras
con musical demencia,
y en el sueño nocturno abandonado
miro en el largo tiempo dilatado
a un yo dormido que ya no soy yo.

De nada habrá servido
que yo también haya visto a las mejores mentes de mi generación
consumidas, destruidas, destrozadas
bajo el falso amor que miente desde una copa,
suave droga abrasiva del poema;
bajo la inminentemente venenosa carne del conocimiento...

De nada habrá servido
que haya visto mil tumbas prematuras
y que haya encontrado la sangre seca que esconde una biografía...

El destino no ha cambiado;
siempre será el mismo y voy al encuentro
de la cancelación del tiempo en mis brazos.

He visto los mejores años de mi vida consumirse;
las luces de la infancia, apagadas;
en completa soledad.
he matado al dueño
y he vislumbrado mi futuro.
Nunca he entonado canción que no sea mía.
Todo en completa soledad.
Por mi sangre corren crímenes sin nombre
que hoy tengo que purgar, callado.
Hoy,
demuestro, con el cuerpo,
que el cuerpo tiene alma
sólo en vida.
Y que la vida se consume
en completa soledad.

Desde la ventana, el viento.
La imagen después de tu propia partida, partiendo,
enredando el dinero,
saludando a los amigos.
Nunca fui bueno para las despedidas
y nunca quise cantar lo que no sabía de cierto,
pero la mañana llegará fría y sé que sólo me queda la palabra
para cubrir mi miserable desnudez.
¿Sabes? No soy feliz.
Hay aún un ripio,
una vereda que se niega a su final.
Y la palabra, divinidad, perra o prostituta,
se consume en el enrojecido labio
sin otorgar fidelidad, sin quererse quedar toda la noche conmigo.
¿Sabes? Lloro por las noches
y a veces sueño contigo...

De qué sirve todo esto, qué más da.
El reino volverá a evidenciar su ruina.
Mañana seguiré con la mentira.

Por mi delgada sombra rueda

Vengo de la sombra
Mira
Emilio Prados

Por mi delgada sombra rueda
un haz de luz fecundo como río;
un mar sin límites ni tiempo.
Algo rueda por la noche de mis manos,
algo estalla dentro del núcleo de mis miembros.
Y tú nada entiendes.
Escúchame gritando desde el fondo;
tiéndeme tu mano que es de ahoras.

Por mi delgada sombra cruza
una historia que es de guerras y de sangres;
un dolor y una pena vieja por las cosas.
Mi forma se disuelve en la penumbra,
el pecho ahíto de su llanto.
Y tú nada comprendes.
Me cuestionas, superior a mí, no te toco.
Y me gritas desde el fondo del silencio de tus ojos:
es hora de que calles.

Índice

Poesía 9
De toda la pobreza de tu humilde historia 11
Parece mentira 13
Mata sin querer el ángel que te cuida en la ventana . . 14
Sagrado corazón que estás en los cielos 15
Virginia 16
En la luz del día, un sólo ángel 18
Cernuda 20
Donde... 22
Ofrézcote, magnífica naturaleza 23
El libro de Lot 25
Yo sé de miedos elevados 28
Callen a la noche de los nombres 29
Veremos nuestras ambiciones consumadas 31
Solo 32
Paraíso perdido 35
Ya volverá el instante 37
Ruina del reino 39
No cantes 41

Sin fin de la muerte 43
El mar, el mar solo 45
Convoco al ángel de la destrucción 46
De nada habrá servido 48
He visto los mejores años de mi vida consumirse 49
Desde la ventana, el viento 50
Por mi delgada sombra rueda 51

Corrían los inicios de 2004 al paso del imperio desbocado cuando, negándose al fichaje policial de su huella poética y dactilar, con un tiraje de 500 ejemplares más sobrantes para reposición y con el benevolente auspicio del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, *Los placeres y las ruinas* se terminó de imprimir en los modestos talleres de Viacón Impresores, calle Felipe Carrillo Puerto no. 106, colonia Carolina, en Cuernavaca, Morelos, México.